

## HISTORIA SOCIAL DE LA INFANCIA CALLEJERA LIMEÑA<sup>1</sup>

Stefan Roggenbuck

### RESUMEN

El autor emprende un recorrido histórico sobre los niños de la calle limeños. Destaca que la antigua cultura colonial urbana de Lima no permitía que tal fenómeno social se articulara y desarrollara en siglos pasados, como ocurrió en otras ciudades latinoamericanas como São Paulo (Brasil) y Bogotá (Colombia). En la capital peruana, los niños de la calle aparecieron en el siglo XX como consecuencia de los procesos de urbanización y modernización. El autor describe detalladamente la historia reciente de la infancia callejera limeña, incluyendo aspectos de la asistencia a la misma. Finalmente, presenta la realidad de los niños de la calle del centro histórico de Lima al final de los años ochenta, producto de una investigación de campo realizada con métodos sociológicos modernos.

### ABSTRACT

The author presents a historical survey of street children in Lima. He emphasizes the fact that Lima's colonial urban culture did not allow the articulation and development of this social phenomena in past centuries as was the case in other Latin American cities such as São Paulo (Brazil) and Bogotá (Colombia). In Lima street children first appeared in the twentieth century as a consequence of the processes of urbanization and modernization. The author describes in detail the recent history of childhood life on the streets of Lima including aspects of welfare work. Finally he describes the real life of street children in the historical centre of Lima at the end of the eighties based on field research using modern sociological methods.

La infancia callejera constituye uno de los problemas más graves de los países en desarrollo, especialmente en América Latina donde, según datos estimados, se concentra la mitad de los niños de la calle<sup>1</sup> existentes a nivel mundial.

La investigación sobre la infancia callejera se encuentra todavía en su fase inicial.

Los enfoques presentados hasta ahora son unilaterales y unicausales. Por lo general no tienen en cuenta la complejidad del fenómeno, ya que hay una variedad de motivaciones -tanto psicológicas como sociales- que impulsan a los niños a vivir en la calle y que condicionan sus comportamientos. Aparte de eso, no se pueden descartar otros aspectos, como los

1. Una discusión más amplia de este tema se encuentra en el quinto capítulo de mi estudio "Los niños de la calle en América Latina. Estudio Comparativo en Ciencias Sociales: Bogotá (Colombia), São Paulo (Brasil) y Lima (Perú)", publicado en alemán en 1993. Roggenbuck, Stefan, *Strassenkinder in Lateinamerika. Sozialwissenschaftliche Vergleichsstudie: Bogotá (Kolumbien), São Paulo (Brasilien) und Lima (Peru)*, Frankfurt am Main, Berlin, Bern, New York, Paris, Wien: 1993 (Peter Lang).

culturales e históricos. Este artículo trata de indicar aspectos importantes de la historia social de la infancia callejera limeña, la cual aún tiene que ser detallada. Para comprender la actual problemática de los niños de la calle es imprescindible que se tenga conocimiento del pasado lejano e inmediato de los mismos. Llama la atención que, en Lima, la infancia callejera no se articuló en tiempos de la Colonia como en otras ciudades latinoamericanas, como por ejemplo en Sao Paulo (Brasil) y en Bogotá (Colombia).

A continuación se presentarán los resultados de una investigación de fuentes históricas y de una investigación de campo. La última se realizó a fines de los años ochenta en el Centro de Lima.

## I. Aspectos históricos de Lima y de su infancia callejera

Poco después de que el conquistador español Francisco Pizarro fundara Lima (1535) comienza un despegue económico. Como capital del Virreinato de Nueva España (después llamado Perú), Lima adquiere una gran importancia. Sí, en el siglo XVII, Lima llega a ser una de las ciudades más ricas del mundo<sup>2</sup>.

También la población crece con rapidez: en el año 1700 vivían ya aquí 34,724 personas, de las cuales la mayoría eran blancos (españoles) y negros (africanos); los indios y los mulatos constituían una minoría<sup>3</sup>. Se desarrollan conductas y modales claramente definidos que son típicos y obligatorios para cada posición social o raza. El sistema social es calificado muchas veces como un rígido "sistema de castas"<sup>4</sup>.

A pesar del acento de todas las diferencias, la convivencia humana de las razas y castas en Lima toma con el tiempo rasgos característicos, de tal modo que se puede hablar de "cultura urbana colonial" propia<sup>5</sup>. Esta impresión la confirma el médico alemán e investigador del Perú, Ernst Wilhelm Middendorf, quien sostiene que en Lima:

"(...) las formas sociales de vida habían alcanzado un alto grado de refinamiento, donde (...) se desarrollaron usos y costumbres propias, formas propias de vestir, en sí una cultura propia, la cual estaba limitada a la ciudad"<sup>6</sup>.

En esta cultura urbana colonial la orientación es hacia las normas de una "vida caballeresca" de corte español. Esto llega a tal grado, que aún el pueblo sirviente de negros y mulatos cae bajo la influencia de la "caballeridad"<sup>7</sup>. La convivencia de los estratos se desenvuelve en relativa calma, el orden público de Lima puede ser mantenido con un despliegue policial comparativamente reducido<sup>8</sup>.

El investigador peruano Luis Millones hace referencia a la formación de características culturales de las castas inferiores que se alimentaban fundamentalmente de dos fuentes: la picardía española y la esclavitud africana. En especial se refleja esto en una jerga típica. Las danzas, las canciones y los juegos de las castas inferiores gozan de reconocimiento oficial por parte de las autoridades y de aceptación en las clases sociales altas. Precisamente, estos procesos de intercambio cultural entre las clases altas y bajas es lo que conforma la característica de la cultura urbana colonial de Lima<sup>9</sup>.

No falta la atención hacia los pobres y enfermos. En los primeros 100 años de su existencia surgen en Lima no menos de ocho hospitales. Para los indios sin techo que vagabundeaban por la ciudad se construye, en 1570, en la parte alta cerca de la ciudad, una colonia rodeada por murallas. En ésta los indios se encuentran bajo la protección de los jesuitas, quienes demuestran ser no sólo guías espirituales, sino también pedagogos comprometidos y educadores profesionales<sup>10</sup>.

Los negros, que como esclavos en las casas de la ciudad gozan de un trato muy benévolo, en el campo son explotados brutalmente. Cuando están viejos, débiles o

enfermos son rechazados, lo que conduce a que se conviertan en mendigos sin techo en las calles de Lima. Pero esta situación no dura mucho tiempo, ya que en 1646, el padre Fray Bartolomé Vadillo construye un hospital para ellos. Muy pronto recibe el apoyo de monjes de órdenes Betlemitas, quienes no sólo cuidan a los mendigos necesitados e incurables en un asilo propio que construyen para ellos en 1669, sino que no escatiman esfuerzos en recorrer los barrios más pobres y lejanos de la ciudad para buscarlos y cargarlos a su hogar<sup>11</sup>.

Luis de Ojeda funda en 1603 la "Hermandad de los niños abandonados, huérfanos y desprotegidos de nuestra Señora de Atocha", a la cual le llegan las donaciones en una forma tan abundante que en 1659 se logra inaugurar una casa de expósitos -una de las primeras de Latinoamérica<sup>12</sup>. En comparación con otras ciudades latinoamericanas, el problema de los hijos ilegítimos y de las razas mezcladas, así como el de los niños expósitos, se mantiene dentro de ciertos límites.

La cultura urbana colonial establecida durante el florecimiento de Lima duró mucho tiempo. Sobrevivió a los fuertes terremotos de 1687 y 1746. Ni aún las transformaciones provocadas por las guerras independentistas (1819-24) la hicieron tambalear. Por el contrario, en Lima se persevera totalmente en las formas de vida tradicionales. No en vano se le sigue considerando como el "centro de la reacción colonial y militar española"<sup>13</sup>. La abolición de la esclavitud a mediados del siglo XIX no cambia mucho el destino de los negros inicialmente, pues la mayoría de ellos sigue voluntariamente como sirvientes en las casas de las clases altas<sup>14</sup>.

Middendorf, luego de una visita a las casas de expósitos, relata lo bien organizadas que estaban estas instituciones. Se debe resaltar que, aun entre los huérfanos, se hacía cierta separación entre los de piel oscura y los de piel clara, lo cual tenía como consecuencia que fueran internados en casas diferentes. Asimismo, en otras fuentes se destaca lo bien que funcionaban las instituciones de asistencia para niños<sup>15</sup>. Por otro lado, la prostitución en el

caso de Lima puede catalogarse -en comparación con otras ciudades latinoamericanas- como poco acentuada<sup>16</sup>.

Middendorf menciona a los "muchachos callejeros" de Lima en el siglo XIX<sup>17</sup>. ¿Quiénes son estos muchachos callejeros?, ¿son los niños de la calle en el sentido que aquí empleamos? La respuesta a esta interrogante la proporciona José Gálvez Barrenechea en sus reminiscencias sobre el "pasado heroico" de Lima. En un capítulo describe a los "mataperros"<sup>18</sup> en el siglo XIX. El "mataperro" es enaltecido aquí como un "muchachito mimado" de la alta sociedad que resonga, "pendenciero, orgulloso y arrogante", que no se deja doblegar por nadie y siempre está dispuesto a grandes proezas. El autor pinta un cuadro de las "diabluras del mataperro" como marcharse de la casa de sus padres, escaparse de la escuela, robar fresas en el jardín del vecino, hacer travesuras en las procesiones, ser grosero con las niñas, molestar transeúntes en las plazas públicas, provocar policías, vagabundear en bandas, riñar en predios baldíos, etc. El "mataperro" auténtico es una mezcla verdaderamente original entre ingenuidad y maldad, nobleza y crueldad<sup>19</sup>.

La actividad del "mataperro" está limitada, según Gálvez Barrenechea, al hijo de las clases sociales altas ("mocito decente")<sup>20</sup>:

"unidos a las casas de los señores, los mulatitos y mestizos estaban a la par de los niños con sus "mataperradas". Con astucia y encanto ponían a la disposición su riqueza imaginativa y su gracia para maquinarse las mejores tonterías. Pero el verdadero pillo, el terror de sus padres y abuelos era el niño de la casa, quien se mostraba presumido, burlón, acostumbrado a hacer lo que le plazca, altanero y atrevido"<sup>21</sup>.

El "mataperro" en Gálvez Barrenechea no es un niño de la calle en el sentido en el que nosotros hablamos, pues si bien vagabundea por las calles de Lima por su propio gusto, no

vive en ellas. Las exposiciones de Gálvez Barrenechea refuerzan la hipótesis que en la cultura urbana colonial de Lima casi no hubo infancia callejera en el sentido al cual nosotros nos referimos, puesto que a los niños de los estratos bajos no había que soportarlos como niños traviesos de la calle. Es más fácil encontrarlos como vendedores ambulantes y participando en una vida muy organizada en las calles. Esto último se puede notar en los horarios establecidos por los diferentes grupos de vendedores ambulantes -como los lecheros, los panaderos, los vendedores de helado, etc.-, quienes aparecen diariamente en las calles a una hora exacta<sup>27</sup>.

Es hasta principios del siglo XX que se impone un proceso intenso de desintegración de la cultura urbana colonial de Lima. El orden de las cosas, establecido y mantenido en gran medida intacto durante siglos, empieza entonces a romperse. Los procesos de modernización tienen entrada. Los primeros automóviles transitan y se abren los primeros cines. Se forman nuevos grupos sociales que ya no tienen cabida en el orden tradicional.

El número de habitantes de Lima crece. Por las medidas urbanas de construcción surgen nuevas plazas -principalmente la plaza San Martín, en el Centro-, calles, edificios públicos, parques, que en las próximas décadas hacen merecedora a Lima del sobrenombre de "Ciudad jardín". Las familias aristócratas van abandonando cada vez más sus palacios en el centro y se mudan al sur, donde construyen nuevos barrios residenciales.

También el "mataperro" desaparece de las calles. Tiene el terreno para abandonar a su antiguo ayudante, el hijo de las clases sociales inferiores, quien -libre ya de los lazos del antiguo sistema de castas- se emancipa y se convierte en un auténtico niño de la calle. Gálvez Barrenechea, en sus reminiscencias sobre la *Lima de ayer*, publicadas en 1921, lamenta que el "mataperro" que alguna vez fuera tan orgulloso haya descendido a ser el pobre "palomilla"<sup>28</sup>. Éste es caracterizado así:

"(...) bajo en general, triste desecho que ha quedado del arroyo que flota en el agua sucia como un guiñapo, sin creencias, sin ley quizás predestinado para la cárcel, posible candidato para el calabozo o el hospital (...) "<sup>24</sup>.

Sin embargo, en otro autor peruano, el mismo "palomilla" cobra, una década después, una connotación diferente. José Diez-Canseco presenta en dos narraciones<sup>25</sup> el ir y venir de un niño callejero de 16 años y de uno de 10. Los dos viven en la calle lustrando zapatos o vendiendo periódicos. Ambos son típicos representantes de los pobres de raza mezclada -sobre todo mulatos y zambos- quienes, en su papel de pobres tradicionales o autóctonos de Lima, participan con identidad propia formando parte de una cultura -el "criollismo"- y, por eso, de ninguna manera llevan una vida desamparada o indigna. Por el contrario, Diez-Canseco se esfuerza precisamente en presentar el orgullo y la gracia de sus personas, que cobra más claridad en su jerga<sup>26</sup>.

Luego del aumento de los llamados "palomillas", la reacción estatal fue la fundación, en 1902, de una prisión juvenil llamada "Centro Correccional de Menores", en la cual son encerrados los niños callejeros. En 1932, la congregación "La Salle" toma la dirección de esta institución, lo cual trae consigo una cierta reforma y humanización de las prácticas de castigo y educación que se usaban<sup>27</sup>.

Pronto surge un nuevo grupo de niños callejeros. Nos referimos a los hijos de los inmigrantes, en su mayoría indígenas que, a partir de 1940, empiezan a trasladarse en forma masiva de las tierras altas de los Andes a la costa en dirección hacia Lima. Así, surgen las primeras "barriadas", cuyos niños abandonados a su suerte y errantes buscan hogar en las granjas de los alrededores de Lima. Allí roban frutas de los árboles. En alusión a este comportamiento, Bernardino Jinés los llama "pájaros fruteros".

El profesor Bernardino Jinés -quien era de origen indígena- se ocupa, a partir de 1943, de estos "pájaros fruteros". En primer lugar, se les acerca como amigo en las calles; luego de intensificar los contactos con estos niños callejeros de entre 8 y 16 años, que viven en bandas, funda un club deportivo; y, en 1944 se concretizan los planes de construir una escuela para "pájaros fruteros". Finalmente, el 2 de mayo de 1945, el Ministerio de Educación le asigna a este profesor un terreno de aproximadamente 28,000 metros cuadrados en el entonces barrio periférico de San Miguel donde, con sus "pájaros fruteros", edifica una casa y trabaja la tierra.

Posteriormente, Bernardino Jinés y los niños callejeros construyen un proyecto que popularmente es llamado "casa de los pájaros fruteros" y que oficialmente se llama "Centro de Educación Especial San Miguel". En oposición a los métodos coercitivos del reformatorio, del cual los niños habían escapado muchas veces, él les ofrece un sistema de "puertas abiertas", lo cual significa que aquí no eran obligados; sino al contrario, eran motivados a la participación. Para mantener la disciplina entre los niños callejeros, introduce elementos de la autoadministración. Pronto hubo siete profesores más con Bernardino Jinés que se encargaron de la formación escolar y profesional. Esta última se llevó a cabo en talleres de sastrería y carpintería, pero también estaba incluida en ésta la transmisión de conceptos agrícolas básicos.

En 1958 la "Escuela de Pájaros Fruteros" albergaba a 223 alumnos y hasta esta fecha habían asistido a ella un total de 1,006 niños callejeros<sup>28</sup>. Desgraciadamente, casi no está documentada su larga existencia<sup>29</sup>. El 22 de enero de 1963, un artículo en *La Crónica*, con el título "Pájaros fruteros malos convierten su instituto en un nido de criminales", apunta hacia el fracaso de este proyecto<sup>30</sup>, cuyas instalaciones fueron convertidas posteriormente en una institución estatal<sup>31</sup>.

A la par de esta atención no convencional, el Estado también amplía sus medidas en relación con el número cada vez mayor de niños callejeros. En 1945 se abrió el

"Instituto No. 1 de Menores de Maranga", en el cual por primera vez se separa a los jóvenes de los niños<sup>32</sup>. No pasó mucho tiempo para que esta institución fuera desacreditada entre la opinión pública peruana y llamada "Cárcel Juvenil" con métodos de tortura, motines, escapes masivos, etc. y fuera criticada muchas veces por los periódicos. Más tarde, las situaciones que se daban dentro de la misma sirvieron de motivación para la galardonada novela peruana *Los hijos del orden* de Luis Urteaga Cabrera.

El número de habitantes de Lima sobrepasaba, a mediados de los años cincuenta, la cifra de un millón. La falta de organización en una comunidad que antes fue ordenada provoca indignación en la población urbana establecida desde largo tiempo. Por ello, son objeto de trabajo literario, especialmente, los fenómenos sociales nuevos; sin que se deje de lado el tema de los niños que luchan solos en la calle por su supervivencia, el cual es tratado por dos autores peruanos<sup>33</sup>. Los periódicos también describen detenidamente esta aparición; se da una reacción de incompreensión frente a los niños que trabajan y mendigan hasta altas horas de la noche y se denuncia públicamente a los "padres irresponsables". En relación con los niños que dormían frente a los cines se habla del "drama de los menores abandonados", del "peligro moral" que fácilmente podría conducirlos al "camino de la delincuencia"<sup>34</sup>.

En los años cincuenta y sesenta una zona de Lima se convierte, sin más, en el punto de atracción de los niños callejeros: el Barrio de El Porvenir, en donde se encuentran también las zonas de La Parada y Tacora. Aquí hay un gran mercado de Lima, donde diariamente llegan no sólo camiones con frutas y hortalizas, sino también ómnibus con emigrantes de las provincias. Entre éstos se encuentra un gran número de jóvenes que viajan solos, que creen que "pueden hacer su suerte" en la capital. Las fuentes indican también que han sido traídos a la ciudad por extraños como mano de obra barata<sup>35</sup>. Muchos de estos jóvenes se unen, en esta zona del mercado de La Parada, a los niños callejeros que ya viven allí, que ayudan a

la gente a cargar bolsas o son cargadores en los camiones. Ellos también sobreviven robando frutas de los puestos del mercado, razón por la cual los medios y la opinión pública hablan de "pájaros fruteros" -expresión que había sido creada una década antes por Bernardino Jinés<sup>36</sup>.

Los periódicos no sólo critican a los "cientos de niños huérfanos" que dormían "sobre esteras y cartones" en las calles de la gran zona del mercado, sino que señalan principalmente el que caigan en manos de personas que transitan en la zona de La Parada y que han establecido allí "escuelas de delincuencia". En ellas, consagran a los niños callejeros en el "arte de robar" y también los utilizan para sus propias "incursiones", como "campanas". Se trata del tipo de individuo que ha salido del "hampa" tradicional de Lima<sup>37</sup>.

Asimismo, el investigador americano Richard Patch confirma las hipótesis planteadas, en los artículos periodísticos, sobre las "escuelas de delincuencia" de La Parada y describe, con más detalle, las costumbres de ese bajo mundo:

"Los "maestros" son criminales ya viejos o enfermos, que después de haber guardado prisión por varios años ya no están en capacidad de hacer atracos. Por eso prefieren dar formación a principiantes en un "curso" que dura varios meses. La gama de enseñanzas transmitidas va desde cómo robar una cartera hasta determinadas técnicas de pelea, tales como la destreza en el uso del cuchillo. Los "educandos" obtienen el correspondiente título después de cada lección: la jerarquía comienza con el simple "pájaro frutero", pasando por el grado de "ratero" y finalmente termina con el reconocido "hampón"<sup>38</sup>.

Aparte de estos aspectos referidos a los niños callejeros, Patch revela muchos otros detalles interesantes sobre el mundo del hampa establecido en La Parada.

Mientras que la mayoría de los niños callejeros todavía se mantiene principalmente en la zona de La Parada, es a partir de principios de los años sesenta que se hacen sentir también en el "venerable" Centro. En esa época se cruzan con los últimos representantes de la clase alta, quienes por última vez pasean los domingos por la esplendorosa calle Jirón de la Unión y con orgullo exhiben sus costosas joyas. Esta tradición milenaria desaparece por completo. El éxodo de las altas familias de sus palacios en el Centro culmina pronto. Es sintomático el encabezado en *El Comercio Gráfico* del 15 de julio de 1964: "Señora, cuidado, los pájaros fruteros incursionan en el Centro". Los ladrones callejeros, reunidos en grupos de tres o cuatro niños, habían puesto la mira en las carteras de las señoras y señoritas. Al mismo tiempo, aumenta el fenómeno de los niños mendigos en tal forma que se inician campañas estatales en su contra<sup>39</sup>. El periodista Isaac Felipe Montoro, disfrazado de mendigo, también realiza experiencias profundas con niños mendigos y ladrones en el Centro de Lima, las cuales expone en su ameno relato<sup>40</sup>.

En los años setenta, el proceso de urbanización en el Perú se mantiene constante. Proliferan los barrios pobres y cada vez hay más niños callejeros. Las instituciones privadas y estatales de atención a la infancia están sobreesaturadas. No se sabe a donde llevar tantos "niños abandonados", que duermen en las calles y plazas del Centro y que se cobijan con periódicos<sup>41</sup>.

Entre tanto, la Plaza San Martín, en el Centro de Lima, se convierte en el punto de concentración de los niños callejeros. En el año 1983, ésto se conoce a nivel nacional. En la mañana del 13 de septiembre de dicho año, sucede una tragedia: un niño callejero de aproximadamente diez años, de quien únicamente se sabe su sobrenombre "Petiso", fue encontrado sin vida frente al monumento del Libertador San Martín, en una de las cajas de concreto donde normalmente había reflectores que iluminaban el monumento. Desde que éstos fueron robados, a pesar de las rejas, los niños callejeros utilizaron dichas cajas

como dormitorios. La noche del 12 de septiembre, una de estas cajas de concreto se convirtió en la tumba del niño callejero "Petiso", quien recibió una descarga eléctrica mortal de los cables de electricidad descubiertos sobre los que se acostó con sus ropas mojadas.

El caso se divulga a través de la radio, la televisión y en los periódicos<sup>42</sup>, todo el Perú se entera del destino del pequeño, cuyos padres se buscaban en vano. Las distintas autoridades se culpan unas a otras por el hecho de que los cables estuvieran al descubierto. La esposa del Alcalde de Lima funda, poco tiempo después, una casa para los niños callejeros en el Centro: "La Casa de los Petisos"<sup>43</sup>. Entonces, algunos medios adoptan el nombre de "petisos", para referirse a los niños callejeros.

A mediados de los años ochenta, la capital peruana tiene más de seis millones de habitantes. El sociólogo peruano José Matos Mar habla de que Lima está superpoblada, por la ola de inmigrantes, y que la ciudad ha perdido, completamente, el control sobre la nueva situación<sup>44</sup>. La que antaño fuera la "Ciudad jardín" se había convertido en una "Ciudad bazar", debido a la gran cantidad de actividades informales de los vendedores ambulantes; la que antes había sido el "Centro del Virreinato", se parecía ahora a un "mercado provincial de domingo". Lima se encuentra, pues, en manos de los inmigrantes campesinos, quienes en su mayoría son de origen indígena y han traído a la ciudad sus tradiciones culturales<sup>45</sup>. Las tendencias sociales de segregación aumentan drásticamente, las clases altas se aislan en barrios residenciales cada vez más exclusivos y casi no existen contactos entre los diferentes estratos sociales<sup>46</sup>.

La criminalidad también sigue aumentando. Lima es llamada la "Ciudad del miedo"<sup>47</sup>. Aun en el mundo de los niños callejeros se siente esta situación, ahora se les conoce con el nombre de "pirañas"<sup>48</sup>. En las zonas de alta delincuencia -principalmente La Parada, donde todavía existen "escuelas de delincuencia"<sup>49</sup>- se observa cómo grupos de un promedio de ocho niños callejeros atacan a su

víctima a plena luz del día y desde todos lados; literalmente la "desvisten", pues le roban todo, excepto su ropa interior. Los conductores de vehículos tienen que ser expectadores, bajo amenazas, de cómo los "pirañas" con toda tranquilidad les desenroscan piezas a sus automóviles. En vista de la escasez de control policial, las víctimas no pueden poner resistencia a sus victimarios.

Por otro lado, algunos barrios de Lima son llamados "territorio de nadie". Tal es así que los periodistas publican, con más frecuencia, noticias sobre los niños callejeros que azotan muchas partes de la ciudad de Lima. Se trata, especialmente, del problema del consumo de drogas, relacionándolo con el problema general del tráfico de drogas que azota al Perú<sup>50</sup>. En mayo/junio de 1986, *El Comercio* aborda este tema en una detallada serie.

Los niños callejeros de Lima se hacen conocidos a nivel internacional a finales de los años ochenta, cuando el equipo de cineastas "Grupo Chasqui" filma dos películas tituladas: "Gregorio" y "Juliana", las cuales son presentadas también en el extranjero<sup>51</sup>. Sin embargo, el tema casi no es tomado en cuenta por los científicos peruanos<sup>52</sup>.

## II. Características de la infancia callejera y resultados de la investigación de campo

### 1. La Plaza San Martín<sup>53</sup>

El 28 de febrero de 1989 se publicó una carta de una lectora en *El Comercio*, en la que decía:

"La Plaza San Martín con el imponente monumento del Libertador fue alguna vez una de las más bellas de Lima. Ahora se ha convertido en punto de reunión de vendedores ambulantes, charlatanes, payasos, prostitutas, ladrones y homosexuales. (...) Ya no existen las artísticas fuentes y juegos de agua de antaño. (...) Este lugar

histórico no sólo le sirve de letrina a personas sin cultura y sin vergüenza, sino que también de noche es el dormitorio de niños abandonados, de borrachos y de locos desnudos. Un espectáculo triste y grotesco.- Yo recomiendo cercar completamente el mencionado lugar".

En la indignación de esta lectora, obviamente de avanzada edad, se puede reconocer que la Plaza San Martín ha vivido tiempos "mejores". Algunos de los ciudadanos de Lima, que añoran los viejos tiempos, quieren ayudar a "su" Centro de antaño a conservar un "vestigio de dignidad", promoviendo que los principales sitios culturales sean cercados. Así sucedió ya con el Parque Universitario de la Universidad San Marcos.

Sin embargo, la Plaza San Martín está en manos de personas "sin cultura", como dice la lectora. Las autoridades tratan de sacar, a través de un constante control policial, a la masa de vendedores ambulantes de la Plaza San Martín. Los niños callejeros se ven menos afectados por estas medidas, pues los policías no los toman muy en serio. Con frecuencia puede verse como les "jalan las orejas" a los "chibolos" y después los dejan ir.

Para los niños callejeros la Plaza San Martín es simple y llanamente el punto de reunión. Ahí, especialmente en la tarde, se puede encontrar a muchos de ellos, pues a esa hora aparece regularmente la "vieja" Mia, una india de tierras altas que usa vestimenta tradicional y que vive desde hace más de treinta años en Lima. Ella se deja caer con una gran canasta sobre las bancas de mármol y en un instante está rodeada de una multitud de vagos, toda clase de mendigos, ladrones, vagabundos, grandes y pequeños, que viven en la calle y que reciben hambrientos un plato de comida. A cambio, deben darle una cierta suma de dinero o una determinada cantidad de cartones.

También, en la que una vez fuera la esplendorosa calle Jirón de la Unión, junto a los niños callejeros, se encuentran mendigos,

gitanas adivinas, ladrones carteristas y estafadores, etc. Todas las noches, después de la hora de cierre del comercio, aumenta súbitamente la multitud de vendedores ambulantes, que le quieren vender a gritos al transeúnte desde pasta de dientes, cachorros de perro hasta papel higiénico, todo lo imaginable. Cuando de pronto aparecen los representantes de las autoridades huyen corriendo con sus mercancías a cuestras o escondidas en los bolsillos. Como transeúnte, uno debe de cuidarse de no ser atrapado y atropellado por una brusca estampida de vendedores, acompañada la mayoría de veces de fuertes silbidos y abuchamientos.

En avanzadas horas de la noche, los vendedores ambulantes les dejan las calles a las brujas y charlatanes, que le pregonan al público supersticioso -entre el cual se encuentran también varios niños callejeros- el sentido profundo de la vida y el curso de la historia. Pero también prostitutas, homosexuales y *travesties* circulan a esas horas. A medianoche, usualmente frente a una panadería, se encuentra una larga cola de hambrientos -entre éstos personas sin techo, vagabundos y niños callejeros- que esperan la distribución de las sobras del día. La misma cola, sólo que unos cincuenta metros más larga, puede verse cada mañana en la parte de atrás de la Iglesia San Francisco, en donde un caritativo sacerdote les ofrece el desayuno a los pobres. Este desayuno del "padrecito" también tiene gran aceptación entre los niños de la calle, sólo que últimamente parece que se los ha negado por "mal comportamiento".

Entonces, los niños de la calle tratan de conseguir un desayuno en la "Casa de los Petisos", en donde algunos también al mediodía se mezclan con los muchos estudiantes que toman allí la merienda. Otros hacen lo mismo en los "Comedores populares"; en ellos, reciben un almuerzo gratuitamente o a cambio de una mínima contribución.

De regreso, en la Plaza San Martín, los niños callejeros van a una de sus actividades favoritas: el baño en la pila de la fuente. Dejan su ropa a la orilla de la pila y saltan desnudos

al agua sucia y fría. Con frecuencia provocan al guardián que los quiere sacar de la pila con un garrote. Para diversión del pueblo, algunos intentan mojar a su adversario; se salen de la pila, acercándosele con insolencia para luego darse a la fuga, lo que termina en verdaderas cacerías del irritado guardián detrás de los niños desnudos.

Asimismo, se observa a las madres con sus hijos descansando a la orilla de la pila: se refrescan en los chorros de agua o lavan ropa, que para secarla la ponen sobre el césped. Los niños, cuyos padres o madres tienen un puesto de venta ambulante cerca, tampoco pueden resistirse al agua de la pila de la fuente y se refrescan ocasionalmente en ella. Sin embargo, esta "diversión" sólo perdura hasta que llegan los rudos niños callejeros a sacarlos.

Estos últimos se divierten, de preferencia, con las funciones que ofrecen los muchos "artistas callejeros" y otros en la Plaza San Martín. Aquí se pueden mencionar a los payasos, quienes ofrecen su original repertorio a la masa popular; no es raro que sean niños los que hacen reír a la gente y de esta forma ganan dinero. Además, son admiradores de los tragafuegos y de los artistas que hacen juegos malabares con esferas y pelotas. También algunos lisiados se pueden contar entre los artistas, puesto que hacen verdaderos números artísticos: tejen con los dedos de los pies. Finalmente, se presentan distintos grupos musicales.

La Plaza San Martín se parece mucho a una gigantesca feria. Algunas mujeres se encargan del bienestar de los espectadores, friendo en sus pequeños carretones los más variados platos típicos. Además, los que buscan la diversión ofrecen diferentes golosinas en pequeñas cajas de buhonería. Ante tanta oferta de diversión y tantas tentaciones, no resulta extraño ver a los niños callejeros exhaustos sobre el césped o en las bancas de mármol tomando una siesta.

Después de una pausa reparadora, nuevamente se vuelven activos. Tratan de satisfacer su espíritu de acción escogiendo a

una determinada persona, a quien le puedan hacer alguna jugarreta. Para ésto escogen a los viejos fotógrafos o limpiabotas, quienes igualmente se ganan el pan de cada día en esta popular plaza. Una de las víctimas preferidas del ímpetu de los niños callejeros es también el "loco vagabundo", quien anda por todos lados completamente sucio y desnudo. Especialmente, han puesto la mira en las "señoritas" y en las "muchachas" (empleadas domésticas), a quienes encuentran en los días domingo o de fiesta pasando sus horas libres en la Plaza San Martín. Los niños callejeros les arrebatan los helados de las manos o les roban cualquier joya o el bolso. Es sorprendente como la mayoría de muchachas se quedan completamente pasivas, dejan que los niños les hagan las maldades y no se defienden. Lo más que se escucha es el comentario de lo terrible que son esos niños.

Una especialidad de los niños callejeros consiste en sacarse el pene en medio de la acera y orinar frente a sí, haciendo un gran arco. Algunos hacen de ésto un "arte", tratando de orinar figuras o letras. Pero no son los únicos que orinan en público, pues los hombres adultos hacen lo mismo en el césped de la Plaza San Martín; debido, por una lado, a la falta de servicios sanitarios públicos y, por otro lado, siguiendo las costumbres indígenas de las tierras altas. Los niños callejeros, así como algunos vagos adultos, no se frenan de hacer sus "necesidades mayores" cerca de la pila de la fuente. Por eso, en la Plaza San Martín, como en todo el centro de Lima, huele a cloaca. Contra esta situación no ayuda el imperativo de "¡Prohibido orinar!" que se lee en algunos letreros.

Una prueba de valentía de los niños de la calle consiste en lo que se llama "gorrear"; es decir, viajar sin pagar en los parachoques traseros de los ómnibus. Se practica en dos variantes: en invierno se cuelgan de un suéter que amarran al parachoques; de esta manera, se bambolean sólo algunos centímetros por encima del pavimento. En verano, por el contrario, se acurrucan o se paran sobre el parachoques y se sostienen de las pequeñas rejillas que están frente a las luces de retroceso de

los ómnibus. Ambas variantes son igual de peligrosas; con frecuencia sucede que un niño de la calle al "gorrear" se cae y se lastima.

## 2. Formas de aparición de los niños callejeros

### Poca unión en las bandas

Con sólo un tiempo breve de observación disponible, se muestra que la gran mayoría de los niños de la calle vive más en la familia que en la calle. Asimismo, de las entrevistas se infiere que la mayoría de los niños callejeros tiene un contacto estable con su hogar. Sólo en determinadas ocasiones se escucha una expresión del tipo: "yo vivo en la calle". Son más usuales las expresiones: "yo pertenezco a los chibolos de la Plaza San Martín", lo cual significa la participación ocasional en las actividades de los niños callejeros.

Principalmente, en las costumbres de dormir es más evidente la existencia episódica de los niños en la calle. La mayor parte de ellos duerme en las bancas de mármol de la Plaza San Martín, bajo las bancas de piedra en el Jirón de La Unión o simplemente en la acera de cualquier calle del Centro. Un poco más retirado es el lugar de la Iglesia La Merced, en donde pasan la noche junto a cierto número de vagos adultos, que se une al amplio círculo del palomilla. Algunos niños callejeros también pasan la noche en puestos de lustrar zapatos sobre la Avenida Emancipación.

El "dormitorio" a orillas del Río Rímac es una excepción porque se pueden encontrar ciertas formas de organización. En este lugar, llamado "abajo del puente" o "Polvos Azules" (en alusión al nombre del mercado cercano), los pocos niños que viven en la calle de forma permanente han construido una pequeña choza. Además, en el día, le sirve a los niños callejeros como un gran terreno de juego. Aquí pueden jugar y bañarse en el río hasta cansarse. A esta soledad de la zona del río y del ferrocarril se unen también mendigos sin techo y otras personas; como por ejemplo, dos

jóvenes de 21 años: Sebastián y José Antonio, que trabajan en el mercado "Polvos Azules" y que habitan una choza provisional.

El consumo de drogas de los niños de la calle está rodeado de misterio. En la Plaza San Martín es raro que aparezcan con una bolsa plástica de la que inhalan pegamento; incluso, en las entrevistas les resulta vergonzoso aceptar que inhalan vapores. Pero el hecho que lo hacen con frecuencia lo confirman dos exniños callejeros: Fredy y Oscar. Uno también se puede convencer por sí mismo, sólo se debe buscar el llamado "pampón". Por "pampón" se entiende una casa abandonada y/o en ruínas, de las cuales hay varias en el Centro de Lima. Aquí se esconden los niños callejeros para inhalar pegamento juntos: primero compran una lata, la reparten en bolsas de celofán y luego, se inhala con fuerza. El efecto del consumo de drogas es descrito, por los niños callejeros, de la siguiente manera:

"Cuando tú jalas, jalas y tú crees que eres Superman, corres, corres y crees que eres el ganador, el campeón. Ves visiones, crees que es Navidad y que Papa Noel viene, te sientes fuerte y sientes que te pegan y que tiran piedras contra tí y tú no sientes dolor".

"Cuando yo jalo alucino cosas, veo al pato Donald de la televisión. Alucino que robo millones, trillones y que soy un buen piraña y que tengo mucho valor para robar".

Todo esto tiene el carácter de una verdadera ceremonia, un ritual: el que no participa es catalogado como cobarde y es rechazado. No es casualidad el que los niños de la calle se retraigan en la intimidad del pampón; pero esto sólo ocurre durante el día, pues de noche la policía hace redadas con frecuencia. En el pampón sólo se puede observar a los niños callejeros desde lejos, pues aquí no les gusta ser molestados.

Los niños de la calle se encuentran unidos comunitariamente también para robar,

pues esto último se practica principalmente "en mancha". En el español peruano, "mancha" significa un grupo de amigos, una pandilla. En el círculo de los niños de la calle, se refiere a grupos sin estructura, una especie de bandas. Una mancha consta por lo menos de dos a tres niños callejeros, pero aun grupos de diez hasta quince y más se consideran manchas; el promedio está entre cinco y siete niños. La fluctuación en las manchas es muy elevada. Para ser aceptado en una mancha, se debe pertenecer a los "auténticos" niños callejeros. Aquí ni siquiera es decisivo si uno pertenece, por ejemplo, a la Plaza San Martín. No es raro que haya niños que circulan en otras partes de Lima. De las manchas se habla casi siempre en forma indeterminada. Los niños callejeros cuentan que, una que otra vez, se dan confrontaciones entre manchas de la Plaza Martín y de La Parada, las cuales al final deciden a su favor. Sin embargo, estas desavenencias colectivas son más bien raras. Obviamente, esto tiene que ver con la estructura débil de las manchas.

En las horas pico, las manchas tienen "coyuntura alta". Si se observa a los niños callejeros de la Plaza San Martín entre las 17:30 y las 20:00 horas, según relata el exniño callejero Fredy, a esa hora los chibolos están ocupados en "laburar", lo que en la jerga significa robar. Con este fin, aprovechan el movimiento masivo al final del día para "volver inseguro" el Centro de Lima y, alguna que otra vez, también zonas de comercio como Miraflores. El punto de reunión o punto de partida para las incursiones de las manchas es, por regla general, la Plaza San Martín. Puesto que las manchas están en constante movimiento no es tan fácil seguirles la pista. En las anchas avenidas Tacna y Abancay se les puede observar con mayor frecuencia.

Las bandas de niños callejeros no proceden con mucho profesionalismo para robar. A pesar de que muchos aceptan que son "pirañas" y no "pájaros fruteros" o mendigos "petisos", este calificativo sólo se les puede aplicar en forma relativa. Por un lado, sus víctimas son casi exclusivamente personas

relativamente indefensas y, por otro, casi no hacen uso de armas para cometer el robo. Además, este último es ejecutado casi siempre por uno solo, mientras que el resto de la mancha se queda atrás y se apresura, en caso necesario, para defender al ladrón. Bernardo, de doce años de edad, lo describe con mucho detalle:

"Primero miramos a una señorita con una buena cadenita, y después uno va solo y hace como que quisiera pedir "señorita sí" y pun le quita la cadena y corre. Si lo chapán, lo defendemos todos a él, le tiramos piedras y hacemos bulla, así lo dejan y no lo llevan a la policía".

En otras situaciones, la mancha ataca unida, como lo revelan las descripciones de Arturo, de 13 años:

"Cuando las señoritas están con paquetes se los arrebatamos y salimos corriendo. También a los borrachos los tiramos al suelo y les metemos maquinazos en los bolsillos o a los chiquillos cuando tienen buenas cosas les quitamos zapatillas (NIKE), relojes, etc. A veces también hacemos saque a los ambulantes, nos ponemos alrededor de su puesto y en el instante que uno silba nos tiramos todo lo que hay: caramelos, gaseosas y a correr".

En la ejecución de un robo deben de seguirse las leyes de un código de honor, como la ley de la repartición -"el topo"- y la ley del silencio:

"Normalmente robamos y después nos repartimos el botín. A veces nos ponemos de acuerdo que cada uno roba para sí mismo, pero eso es antes del robo.

Cuando uno dice que lo obligaron a robar lo llamamos soplón o cuando

uno traiciona a los demás lo agarramos entre todos y le damos duro".

Sin embargo, la cooperación de los niños callejeros en las manchas también tiene sus limitaciones. Este es un factor que llega a ser importante en situaciones peligrosas, como se entreve de las palabras de Rodrigo, de doce años:

"La mancha no siempre te defiende, especialmente cuando durante un robo la policía viene y te coge, te dejan solo. Y te llevan directamente a la comisaría".

Aun como investigador de campo se es vulnerable a los robos de los niños de la calle: una vez, en una entrevista, le robaron sus anteojos de sol a un investigador. A petición suya, los niños callejeros lo llevaron a la "cachina", una especie de kiosko cerca del Parque Universitario. Allí son canjeados, por regla general, los objetos robados por una mínima cantidad de dinero. Sin embargo, fue en vano la búsqueda de los anteojos, pues todavía estaba "con roche" (caliente), apareciendo a la venta después de algún tiempo: para ser exactos, un mes después. Un exniño callejero se los consiguió a un precio risible.

En las manchas los niños de la calle se divierten mucho, Enrique relata:

"Con la mancha vamos al cine y vemos películas de RAMBO, ROCKY, BRUCE LEE y a veces PORNOS. No nos dejan entrar porque somos muy chibolos, nos zampamos o si no al que está recibiendo los boletos le damos su propina para que nos deje entrar a ver. Nosotros gastamos nuestro dinero también en el PINBALL. También nos vamos a la playa del Callao y nos bañamos y robamos las carteras y billeteras. Nosotros nos divertimos también en mancha, cuando molestamos a la gente, cuando pasa una señorita le agarran el pote y nos matamos de la risa".

La cohesión social relativamente escasa de las manchas se puede reconocer fácilmente: dentro de ellas no hay roles o funciones específicas que cumplir. Las estructuras jerárquicas en las manchas son muy débiles. Las posiciones de poder no se pueden solidificar en ellas, pues sólo existen durante un momento -algunos minutos, una media hora, una tarde o una noche- y se disuelven rápidamente. Esto no excluye que, dentro de una mancha, el niño de carácter más fuerte no adopte momentáneamente el comando y que dirija la planificación y la ejecución de las acciones.

Entre los cien niños callejeros observados, existen algunos de carácter fuerte que tienen la capacidad de mandar a otros. De éstos deben destacarse dos en especial, que se imponen por encima de los demás por su personalidad: Wily y Ernesto, ambos de 12 años. En los informes de los niños callejeros se manifiesta que son ellos quienes enseñan a los demás cómo se roba y cómo se "jala". Pero los niños callejeros también sienten admiración por el talento, la capacidad de salirse con la suya y la astucia que ambos demuestran. En fin, por sus hazañas son, sin lugar a dudas, líderes entre los niños callejeros del Centro de Lima.

El observador participante puede convencerse del hecho descrito previamente. Cuando se juega con algunos niños callejeros, de vez en cuando Wily o Ernesto le arrebatan a uno a un niño porque debe ir en mancha a hacer algún atraco. Pero no sólo las cualidades de dirección de estos dos niños resalta a la vista, sino también demuestran ser expertos en la jerga, así como en el arte de jugar cartas. Pocas veces se tiene la oportunidad de ver a alguien mezclar las cartas con tal habilidad y en las formas tan variadas como lo hacen estos dos niños, quienes a la vez poseen algunos trucos de cartas con los que embaucan a algunos jugadores experimentados.

La escasa solidaridad entre los niños callejeros se demuestra, principalmente, en un fenómeno llamado "pasar bola" y que representa una especie de "Ley de la falta de Ley". En las palabras de Hugo, de 12 años, se describe así:

"Aquí en la calle uno siempre es la víctima del pasar bola o de los pasaboleros. Si yo me quedo dormido, ya me roban mis zapatos, mi camisa, mi pantalón y mi plata. Pero yo sé quien me roba, Arturo, Fernando y varios más de la Plaza; siempre me pasan robando mis cosas, pero yo también les paso bola cuando se quedan dormidos".

Pasabolero es prácticamente cada niño callejero que vive bajo el lema: "Así como tú me tratas, te trato yo". Todo niño que duerme en la calle debe contar constantemente con que puede llegar a ser la víctima de los pasaboleros, quienes permanecen en el anonimato, pues su trabajo lo hacen siempre con el que está dormido. Se puede observar cómo gozan con el mal ajeno y con cuanta meticulosidad trabajan los pasaboleros: su "arte" consiste principalmente en despojar de sus cosas, con toda habilidad, a los que duermen sin despertarlos. Para la víctima resulta molesto despertarse y encontrarse semidesnudo.

### **La infancia callejera como un fenómeno "masculino"**

La investigación de campo tiene como resultado, a corto plazo, que todos los niños callejeros son de sexo masculino; las niñas están prácticamente excluidas. Esto significa que existen algunas niñas, entre los 12 y 13 años, que andan vagabundeando y mendigando sin la compañía de un adulto; éstas se pueden encontrar especialmente en el Jirón de la Unión. A pesar de ello, tienen cierto contacto con los niños callejeros; algunas veces pueden observarse persecuciones de bandas de niños detrás de bandas de niñas, las cuales están acompañadas de fuertes gritos. Algunas de estas niñas, incluso, inhalan pegamento a las orillas del río Rímac. Sin embargo, estas supuestas niñas callejeras en realidad no son "auténticas", pues en la noche no duermen en la calle, sino que regresan a su hogar, con sus

familias. En el Perú, a finales de los años ochenta, no se concibe que las niñas en su etapa previa a la pubertad vivan en la calle. El sistema cultural tradicional aún es muy fuerte y, en éste, hay una separación clara entre el mundo de las mujeres y el de los hombres.

Lo anterior se pone de manifiesto en el comportamiento de los niños callejeros (varones) frente a las niñas que andan vagabundeando. Sorprendentemente, ellos se comportan como "caballeros" frente a ellas, con lo que les tributan un cierto respeto, opuestamente a lo que hacen con las "muchachas" asustadas y pasivas a las que asaltan y roban. Esto tiene que ver con que las niñas que vagabundean tienen el mismo tipo de carácter que muchos de los niños callejeros: son insolentes y malcriadas, y no permiten que se les haga daño. De vez en cuando se ve a los niños callejeros interactuar con las niñas vagabundas, a veces les dan un beso en la mejilla y sólo les permiten eso porque "las niñas no se dejan ni tocar", como relatan algunos niños. La interrogante que debe plantearse es si, acaso, esas niñas no llegarán a ser las niñas callejeras del futuro.

A la pregunta que si también existen niñas de la calle, los niños callejeros responden afirmativamente y con naturalidad, refiriéndose a las adolescentes y a las mujeres que se manejan en el círculo del "palomilla" (hampa), es decir las "perras". En este caso se trata de algunas niñas que ya han entrado a la pubertad, en su mayoría mujeres, que casi siempre tienen algún amigo hampón y, normalmente, duermen en hoteles baratos u ocasionalmente también en la calle. Los niños callejeros explican que las "perras" están prostituidas y no comparten la forma de vida de los chibolos en las calles, lo cual se comprueba a través de la observación. Así, nuevamente, se llega a la conclusión que en Lima de los años ochenta no existen niñas de la calle, que la infancia callejera es un fenómeno puramente masculino y que tiene sus fundamentos en una sociedad en la cual a las niñas no les están permitidas ciertas formas de comportamiento.

Una relación circunstancial de este tipo tiene como base un mundo caracterizado

por una fuerte separación de roles específicos de cada sexo. Al hombre se le atribuye lo "masculino", que se equipara con la fuerza. En este sentido, también el fenómeno de la infancia callejera es una muestra de fuerza "masculina", pues las formas de vida y las costumbres de los niños callejeros son precisamente una expresión del "imperio de la fuerza", una ley del más fuerte. A las manifestaciones de masculinidad pertenece también la masturbación. Como observador, no es raro ser espectador de orgías de niños callejeros, quienes en una forma muy desenvuelta se masturban "a cual mejor".

### La infancia callejera como fenómeno específico de la edad

La mayoría de los niños callejeros tiene una edad entre ocho a catorce años. ¿A qué se debe que no se encuentran niños callejeros de 16 ó 17 años? José Gonzalo, de 14 años, quien ya ha pasado algunos años en la calle, nos ayuda a responder esta pregunta:

"Ahora quiero regresar de nuevo a mi casa, ahora ya no quiero estar más en la calle. Porque mientras más grande sea, peor va a ser y mientras sigo robando puedo ir a Lurigancho o a la comisaría y después ya nunca más voy a poder salir. Ahora quisiera estar en mi casa y aprender a estudiar y leer y ya no estar más en la calle".

De las palabras de José Gonzalo se palpa la tendencia a terminar con la infancia callejera a los 14 años. Entonces, comienza "la seriedad de la vida": uno se vuelve mayor y, pronto, ya no va a poder pasar por "chibolo". A quienes ya pasaron esa edad, no se les permiten las libertades de las que disfrutaban anteriormente.

Además, los que tienen entre 14 y 17 años ya no son llevados a un hogar, sino que van a parar al desacreditado "Albergue Juvenil de Maranga", del cual es muy difícil escapar. Este hecho es reforzado por Luis Ricardo, de 17

años, quien antes vivió como chibolo en la calle, una forma de vida que terminó a los 14 años:

"Cuando uno es chiquillo anda así sucio, descalzo, su ropa cochina y asquerosa, uno se desbanda y uno no razona bien. Luego uno se avergüenza de andar así y ya no duerme con la pandilla en la calle sino en Hoteles, cuando te chapaban robando te llevan a Maranga en donde acabo de estar 8 meses. (...) Ahora ya me cansé de esta vida fácil y quiero conseguirme un trabajo y no hacer lo que hacen mis amigos. La mayoría está en provincias, Tacna, Arequipa, Ica, Puno, Chiclayo, y han viajado a robar porque allí no hay muchas canas (comisaría) ni policías como aquí en Lima; y las tiendas comerciales y casas no están tan resguardadas como aquí".

Luis Ricardo no quiere, de ninguna manera, que lo sigan catalogando como un niño de la calle. Su vida ya es diferente, lo cual se comprueba con el consumo de drogas: el pegamento "terocal" es cosa de "bebés", a su edad ya no usan más tales sustancias, la marihuana y la cocaína son drogas más adecuadas.

De las afirmaciones de Luis Ricardo se desprende que, a la par de las razones psicológicas del desarrollo, hay factores de *status* que forman parte del proceso que produce esta ruptura relativamente brusca con la infancia callejera. Dos jóvenes de 14 años, que caminan a cierta distancia de los niños callejeros y que se asemejan al "palomilla" (lo que ponen de manifiesto a través del uso de una ropa más limpia y de técnicas de robo más refinadas), no quisieron ser entrevistados como niños callejeros. Esta negativa causó asombro, pues en la investigación de campo se mostraron muy cooperadores. Pero también aquí parecen jugar un papel importante los factores de *status*: de ninguna manera quieren ser colocados en la misma categoría de los sucios y más jóvenes chibolos.

Por lo demás, la fase posterior a la infancia callejera no tiene que desenvolverse en el hampa. Por el contrario, de las historias familiares de muchos niños callejeros se puede ver que sus hermanos mayores han vivido también en las calles como "chibolos" y que ahora de adultos llevan una vida muy "normal" como trabajadores, padres de familia, etc.

### Comparación con los niños callejeros en el submundo tradicional

De manera distinta que en el Centro de Lima se desarrolla la realidad de los niños callejeros de La Parada. Edwin, de 13 años, quien es un niño muy amable, vivió mucho tiempo allí. Él puede evaluar muy bien la diferencia:

"Vea usted la diferencia que aquí los chiquillos están descalzos y cochinos, pero vaya a La Parada ahí todititos los chiquillos están limpios, están bien parados, ¿por qué? Porque ahí no es como acá. Acá a un menor le ven así con buena ropa, le están robando los grandes. Allá no te abusan como aquí, aquí cuando uno se queda dormido ya te están pasando bola. Allá si se roban unos a otros, allí más bien lo cuidan, te defienden y le pegan al que quiere pasarse de vivo".

La falta de cohesión existente entre los niños callejeros del Centro, parece no estar presente en el caso de La Parada. Esto es así porque el escenario de los niños callejeros está inmerso en el submundo tradicional, en el cual hay "escuelas de criminalidad". Los "maestros" de estas escuelas son, obviamente como antes, criminales viejos, aunque ya no tan hábiles:

"En La Parada están los grandes que organizan a los grupos de los chibolos. Uno de ellos es el negro Raúl, él es muy bueno, buena gente, él estuvo antes en la cárcel de Lurigancho. Él tiene unos 40 años, es cojito ya que le

falta una pata. (...) Desde chico vive en La Parada, tiene muchas marcas de cuchillo y siempre fuma pasta. Él vive separado de nosotros, él pasa adonde nosotros estamos y nos enseña muchas cosas como robar, agarrar el fierro, cuchillo, nos enseña como ponernos listos así con los guardias o a veces nos enseña como hablar para hacer un arreglo para defendernos algún día. (...) El negro Raúl es buena gente. A él no le gusta que nadie esté abusando de alguien de nosotros, de los menores, y cuando hay pelea por nosotros, nos cuida, nos defiende y luego nosotros le damos su propina. A veces 500 Intis, otras veces más, depende de cuanto cada uno le quiera dar".

Edwin también utiliza en sus relatos, sobre los grupos de niños callejeros de La Parada, la palabra "mancha". Sin embargo, en contraposición a los niños callejeros del Centro, las manchas de La Parada actúan siempre de acuerdo con unas reglas bien determinadas y obligatorias, en zonas claramente delimitadas (paraderos). La cohesión en las manchas de La Parada se refleja especialmente en las formas de los robos, cuyas víctimas no son "señoritas" inofensivas, sino principalmente hombres, de los cuales se puede esperar un botín más grande:

"Nuestro paradero es entre Gamarra y 28 de julio, allí robamos accesorios de carros o hacemos asaltos con cuchillo. "¿Tío cómo es?", lo cogemos entre todos y lo asustamos, lo ponemos en el suelo con el cuchillo y uno dice "púñalo" y así, él se deja robar y tocar tranquilamente. Esa es nuestra manera de robar".

En el programa de la manchas de La Parada hay, especialmente, "atracos a mano armada"; y como tienen una estructura duradera, se puede hablar de verdaderas bandas. Tal como lo relatan los exniños callejeros, Fredy y Oscar, en La Parada hay unas

diez bandas de ese tipo, con un promedio de 15 a 20 miembros, cuya edad (en su mayoría) es de 12 años y más. Según Edwin, los niños pequeños no son aceptados en las manchas porque todavía no sirven para realizar robos.

Una de las lecciones más importantes que reciben los niños callejeros de La Parada es, según Edwin, la siguiente:

"El negro Raúl nos dice siempre que cuando los tombos (policías) vienen nosotros tenemos que estar unidos. Ustedes no pueden dejar que a sus amigos se los lleven a la cárcel ni dejarlos solos, sino defenderse todos. Y así, lo hacemos nosotros. Cuando viene la policía nos defendemos unos a otros".

El "Negro Raúl" va a la cabeza con el respectivo ejemplo, pues él siempre está protegiendo a los niños callejeros; ellos no lo llaman "tío", o algo así, sino "causa", que significa amigo íntimo, compañero. Esta camaradería o amistad íntima parece jugar un papel relevante en el submundo de La Parada, constituyendo la base para la difundida existencia de bandas o *peer groups*, que ya el antropólogo americano Richard Patch llamó en los años sesenta la "unidad social predominante" de La Parada<sup>51</sup>. Aquí, la familia parece tener sólo un papel secundario.

Muy abiertamente se constituye, en La Parada, un mundo propio con leyes propias. Las citas de Edwin ponen de manifiesto que allí no sólo se aprenden distintas técnicas de robo, sino también reglas concretas para defenderse en la vida. Una de estas reglas consiste, para el caso, en "arreglarse" con los policías. El soborno o la violación de las normas es la cosa más natural del mundo. Finalmente, ésto no conduce irremediablemente a una sanción legal por parte de los representantes "oficiales" de las autoridades, sino más bien a una acción que sirve para el enriquecimiento propio. El exniño de la calle, Fredy, lo confirma como un "experto criminal":

"Cuando la policía te chapa robando te piden un arreglo para que te suelten,

para quedar libre tienes que darles algo. Y si tú no tienes plata, te pegan y te echan la culpa de cualquier robo que tú no has hecho. Luego te llevan a la comisaría. Allí también quieren dinero y si puedes conseguirlo, también puedes salir de allí con un arreglo".

En el transcurso de la observación participativa nos dimos cuenta de varios casos concretos de este tipo de "arreglos", a través del exniño callejero Fredy. Ciertamente, una vez Fredy terminó en la cárcel por un robo y salió libre en dos días, luego de que sus amigos reunieron la cantidad pactada en el arreglo, de la que Fredy no disponía dentro de la prisión, haciéndosela llegar a los respectivos agentes.

Mientras que en la antigua cultura urbana colonial de Lima la policía casi no era necesaria para mantener el orden público, bajo las actuales circunstancias, de la galopante desintegración social, la criminalidad está fuera de control y zonas como La Parada se han convertido en "territorio de nadie". Las palabras de Edwin aclaran esta situación:

"Todos los rateros de La Parada matan en los últimos años a los policías. La comisaría que había al ladito del mercado mayorista, ahora ya no existe porque han matado a varios guardias. (...) Hace poco mataron a un sargento y a un cabo, los guardias tienen miedo y por eso no quieren ir más para allá y si van, van con camiones bien blindados".

### 3. La subsistencia de la institución del reformatorio

En La Plaza San Martín aparecen algunos niños callejeros, de quienes se burlan los demás, llamándoles en la jerga callejera *Hare Krishna*. Pero la suerte de un *Hare Krishna* puede correrla cualquiera de ellos, pues bajo este nombre no entienden otra cosa que un niño callejero con la cabeza rapada, como consecuencia de haber estado en una institución estatal.

La totalidad de los niños entrevistados (50) había estado, por lo menos una vez, en una de esas instituciones del Instituto Nacional del Bienestar Familiar (INABIF). Para los niños de hasta 13 años, el Estado peruano ha creado los llamados hogares, a los cuales son llevados por la policía. Sin embargo, antes de eso, no es raro que hubieran tenido que pasar unos dos o tres días en la estación de policía, de donde los dejan salir voluntariamente o por falta de cupo en un hogar.

Las experiencias de los niños callejeros en los tres hogares que quedan cerca de Lima son muy similares, y es así como la describe José Gonzalo:

"En los hogares la primera vez que vienes te tratan más o menos, te cambian de ropa y te dan zapatos y cosas nuevas. Después, pasan algunos días y ya te están maltratando, te dicen que hagas la limpieza de los baños y si tú no lo haces te castigan, te meten a la ducha y te pegan con palo o con manguera, con lo que tengan a la mano. A veces tienes que dormir en el suelo y allí los otros chicos te orinan en la cara. Después de algunos días o semanas te escapas porque ya no aguantas más".

En las entrevistas con los expertos de las instituciones estatales, para "menores en situación irregular", se demuestra que aquí continúan intactos los métodos del reformatorio clásico. Esto se pone de manifiesto en las instituciones cerradas para menores de 14 a 17 años, de los cuales el "Instituto Juvenil Maranga" -todavía llamado por algunos "Cárcel Juvenil"- es muy conocido y tiene mala reputación en todo el Perú. Aquí, nos relatan los expertos encargados, la práctica del "método de sometimiento" y la "paloterapia" ha disminuido bastante en los últimos años, pues con frecuencia los guardias no tenían otra opción que pegar fuertemente.

La comunicación oficial es realizada energicamente por un Mayor de la Guardia Civil en uniforme, quien tiene el cargo de Director de una institución juvenil. Su

conocimiento especializado sobre los internos se limita, únicamente, a unos cuantos datos estadísticos superficiales. El reducido profesionalismo del Mayor se demuestra también en que ni siquiera tiene en mente el concepto de "menores en situación irregular", para ello tiene que acudir a sus documentos.

Muy diferente es el caso de uno de los hogares, en donde encontramos una directora comprometida que tiene quince años de experiencia profesional en materia de atención a la niñez. Ella reconoce claramente que la asistencia a los niños y jóvenes, hasta ahora, es "una farsa", que no existe un concepto y que cada director de un hogar actúa según sus propios criterios. Asimismo, sostiene que el problema de los niños callejeros en el Perú no lo conoce nadie, que los niños que necesitan atención en su país son sólo un juguete para los intereses políticos. La administración pública no es más que una "perfecta desgracia", los fondos públicos destinados para la atención infantil desaparecen a medio camino. Dice que el personal está mal remunerado y que, en general, falta el compromiso social. Cuenta que después de una larga búsqueda, finalmente encontró tres trabajadores sociales que tenían un verdadero interés en los niños. Junto con ellos tiene que "luchar contra todo un sistema". Afirma no saber cuánto tiempo podrá conservar su cargo en esa posición tan crítica, pero que no se dará por vencida rápidamente.

Estas palabras sinceras confirman la sospecha que, en Lima, el Estado enfrenta el problema de los niños callejeros en la forma tradicional: indiferente y represiva. Una excepción la constituye la "Casa de los Petisos", relativamente nueva, un experimento de proyecto abierto que está bajo la responsabilidad de la Alcaldía de Lima. Según la información proporcionada por los directores, no existe coordinación alguna entre esta institución e INABIF, de manera que el mismo niño callejero que ingresa tanto a los hogares como a la "Casa de los Petisos", es recibido y tratado como que fuera la primera vez, sin echar mano de los resultados que ya existen de los tratamientos anteriores de las otras instituciones.

## NOTAS

1. Por "niño(s) de la calle", "niño(s) callejero(s)" se entiende la población de ambos sexos de la edad de hasta 17 años, que viven y duermen varios días consecutivos en la calle sin ser acompañados por adultos.
2. Koepcke, Cordula, *Andenländer Südamerikas*, Nürnberg: Glock und Lutz (Bibliothek Kultur der Nationen XVIII), 1966, pp. 182 y ss., y Miró Quesada S., Aurelio, *Lima, tierra y mar*, Lima: Juan Mejía Baca, 1958, p. 45 y ss.
3. Pérez Canto, María Pilar, *Lima en el siglo XVIII*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid Cantoblanco, 1985, p. 50.
4. Salazar Bondy, Sebastián, *Lima la horrible*, México: Era, 1977, p. 40.
5. Expresión tomada de Millones, Luis, *Tugurio: la cultura de los marginados*, Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1978, pp. 14, 46 y ss.
6. Middendorf, Ernst Wilhelm, *Peru* (Volumen I: Lima), Berlín: Robert Oppenheimer, 1983, p. 9.
7. Millones, Luis, *op. cit.*, pp. 41 y ss.
8. Gálvez Barrenechea, José, *Una Lima que se va*, Lima: Continental, sin fecha, pp. 74 y ss.
9. Millones, Luis, *op. cit.*, pp. 46 y ss.
10. Middendorf, Ernst Wilhelm, *op. cit.*, pp. 85 y ss., pp. 223 y ss.
11. Middendorf, Ernst Wilhelm, *op. cit.*, pp. 87, 500, y Portal, Ismael, *Lima religiosa*, Lima: Gil, 1924, pp. 139 y ss.
12. Middendorf, Ernst Wilhelm, *op. cit.*, pp. 88 y ss., 510 y ss.; Chunga Lamonja, Fermín G., *Derecho de menores*, Lima: Eddili, 1985, p. 37; y Pacheco Vélez, César, *Memoria y utopía de la vieja Lima*, Lima: Avispa Blanca, 1985, p. 60.
13. Dirmoser, Dietmar y Ute Wachendorfer, "Perú", en Nohlen, Dieter, Franz Nuscheler (Editor), *Handbuch der Dritten Welt*, Volumen 2, Ludwigsburg: Hoffmann und Campe, 1982 (2da. edición), p. 301.
14. Pacheco Velez, César, *op. cit.*, pp. 61 y ss.
15. Middendorf, Ernst Wilhelm, *op. cit.*, pp. 509 y ss.; Fuentes, Manuel Atanasio, *Lima*, Lima: E. Moreno, 1925, p. 44; Koepcke, Cordula, *op. cit.*, p. 59.
16. Dávalos y Lisson, Pedro, *La prostitución en la ciudad de Lima*, Lima, 1909, p. 8.
17. Middendorf, Ernst Wilhelm, *op. cit.*, p. 130.
18. La expresión "mataperro" proviene del español peruano. En el Diccionario de Peruanismos se asocia esta expresión a palabras como "arrastrado", "cochambroso" o "haragán"; Arona, Juan de, *Diccionario de peruanismos* (Tomo I y II), Lima: Peisa, 1974, pp. 278 y ss. En el *argot* limeño se entiende por "mataperro" un muchacho malcriado, un "mozalbeta"; Bendezú Neyra, Guillermo E., *Argot limeño o jerga criolla del Perú*, Lima: Editorial Lima, 1977, p. 221; también está el "mataperro" de Gálvez Barrenechea.
19. Gálvez Barrenechea, José, *op. cit.*, pp. 109 y ss.
20. Middendorf define el significado usual, en la ciudad, de la expresión "decente" empleada por Gálvez Barrenechea. Así: "Se le dice persona decente a alguien que pertenece o tiene parentesco con una familia conocida, que usa buena ropa y no tiene tan morena la piel"; Middendorf, Ernst Wilhelm, *op. cit.*, p. 423.
21. Gálvez Barrenechea, José, *op. cit.*, p. 100.
22. Arroyo, Eduardo, "La Lima de Ricardo Palma", en *Debate* 30, Lima: diciembre 1984, p. 41.
23. En la jerga de Lima se entiende como "palomilla", entre otras cosas, un ladronzuelo inexperto; Bendezú Neyra, Guillermo E., *op. cit.*, p. 245.
24. Gálvez Barrenechea, José, *op. cit.*, pp. 100, 114.
25. Se trata de las narraciones "El Kilómetro 83" de 1930 y "El Trompo" de 1940; Diez-Canseco, José, *Estampas mulatas*, Lima: Populibros peruanos, sin fecha, pp. 7 ó 117 y ss.
26. Escajadillo, Tomás G., "Diez-Canseco: un precursor no reconocido", en: *DESCO* (6), Presencia de Lima en la literatura, Lima: 1986, pp. 38 y ss.
27. Orellana, Oswaldo, "Exposición sobre Programas de asistencia al menor en el Perú", en *TIPACOM: El menor en situación de abandono*, Lima: Tipacom, 1987, pp. 71 y ss.
28. Manchester, Harland, "Mi personaje inolvidable", en *Selecciones del Reader's Digest*, Tomo XXXV, No. 207, 1958, p. 23.
29. Los datos que aquí se mencionan, sobre el origen y el desarrollo del proyecto, han sido tomados de una larga entrevista con Bernardino Jinés, aparecida en *El Comercio*, el 24/10/1953 y de un informe experimental de Manchester (1958), publicado en el *Reader's Digest*. La desventaja de ambas fuentes es su relativa imprecisión, la cual se pone de manifiesto en las diferentes informaciones sobre detalles de la historia del proyecto.
30. Estas indicaciones provienen también de expertos limeños, quienes para aquella época ya

- estaban involucrados en la atención infantil. Sin embargo, los motivos específicos que condujeron al cierre del proyecto no se pudieron aclarar lo suficiente.
31. Desde 1975, la que antes fuera la "Escuela de Pájaros Fruteros" funciona como una institución pública denominada "Hogar Transitorio de Menores No. 01"; comp. con el artículo de la serie "Niñez en Abandono", publicado en *El Comercio* del 01/09/1988.
  32. Orellana, Oswaldo, *op. cit.*, pp. 72 y ss.
  33. Se refiere a las narraciones "Los gallinazos sin plumas" y "El niño de junto al cielo"; Ribeyro, Julio Ramón, *La palabra del mudo*, Lima: Milla Batres, 1980 (2da. edición), pp. 11 y ss.; y Congrains Martin, Enrique, *Lima, hora cero*, Perú: Círculo de novelistas peruanos, 1955 (3ra. edición), pp. 97 y ss.
  34. *El Comercio* del 28/05 y 09/07/1958, *La Prensa* del 11/02/1958.
  35. Rosler, Alexander, "Oliver: fruit bird of Lima", en *UNICEF News*, 115, 1, (sin lugar), 1983, p. 22.
  36. *El Comercio* del 19/04/1963 y del 17/10/1963.
  37. *El Comercio* del 29/01/1955, *La Crónica* del 03/11/1961, *La Prensa* del 17/09/1963, y Rosler, Alexander, *op. cit.*, pp. 22 y ss.
  38. Para el caso, el hecho de la existencia de una especie de "acuerdo silencioso" entre el hampa y la policía; Patch, Richard W., "La Parada, Lima's market. Part I: A villager who met disaster", en *West Coast South America Series*, Vol. XIV, No. 1, New York: American Universities Field Staff, Inc., 1967(a), pp. 13 y ss.; "La Parada, Lima's market. Part II: Serrano and criollo, the confusion of race with class", en *West Coast South America Series*, Vol. XIV, No. 2, New York: American Universities Field Staff, Inc., 1967(b), pp. 7 y ss.; y "La Parada. Lima's market. Part III: Serrano to criollo, a study of assimilation", en *West Coast South America Series*, Vol. XIV, No. 3, New York: American Universities Field Staff, Inc., 1967(c), pp. 13 y ss.
  39. *La Tribuna* del 24/08/1963 y *El Comercio* del 01/07/1963. Se denuncia públicamente el sistema de "alquiler" de niños por falsos mendigos, quienes de esta forma hacen un negocio de la mendicidad.
  40. Montoro, Isaac, *Yo fui mendigo*, Lima: Peisa, 1978 (3ra. edición), pp. 123 y ss. Montoro vivió, en 1961, como mendigo en las calles del Centro de Lima; su libro contiene descripciones informativas sobre las situaciones que se daban en la calle en aquella época.
  41. *El Comercio Gráfico* del 06/05/1971, *El Comercio* del 23/08/1972 y *La Prensa* del 15/09/1972.
  42. *Expreso*, *El Comercio*, *La Prensa* del 14/09/1983. El caso conmovió tanto los ánimos que incluso en los libros se hace referencia a él, como por ejemplo en Ortega, Julio, *Cultura y modernización en la Lima del 900*, Lima: Cedep, 1986, pp. 150 y ss. o en Toledo Mayo, Luis, *Drogas*, Lima: San Marcos, 1987 (4ta. edición), pp. 107 y ss.
  43. Bailetti, Anna Carling Mc Vittie de, *Lima's abandoned children*, Lima (manuscrito inédito: UNICEF): 1986, p. 17.
  44. Matos Mar, José, *Desborde popular y crisis del Estado*, Lima: José Matos Mar, 1988 (7ma. edición), pp. 59 y ss., 71 y ss., 80.
  45. Se habla del "descubrimiento" de Lima por los emigrantes; Golte, Jürgen; Norma Adams, *Los caballos de Troya de los invasores*, Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1987, pp. 82 y ss.; Matos Mar, José, *op. cit.*, pp. 82 y ss.; Degregori, Carlos Iván, "La ciudad y los jóvenes", en *Propuestas para el desarrollo* No. 7, Lima: 1985, p. 2.
  46. Sánchez León, Abelardo, Julio Calderón Cockburn, *El laberinto de la ciudad*, Lima: Desco, 1987 (2da. edición), p. 10.
  47. Zegarra, Hernán, "El miedo de Lima", en *OIGA*, V etapa, No. 378, Lima: 1988, p. 45.
  48. La expresión "piraña" es utilizada por los medios de comunicación también en su forma diminutiva, "pirañita" y en forma compuesta, "niño piraña". Aparece por primera vez a mediados de los años ochenta, por ejemplo, en el *Extra* del 04/06/1986; *La Voz* del 28/09/1987 y *El Nacional* del 21/08/1988.
  49. Al respecto, ver los reportajes fotográficos de: Mineo, Liz, y Rómulo Luján, "Danza de pirañas", en *SI*, Año 1, No. 27, Lima: 1987, p. 34; y León de Vega, Kela y Víctor Ch. Vargas, "Pirañas al ataque", en *CARETAS* No. 949, 06/04/1987, Lima: 1987(a), pp. 48 y ss.
  50. León de Vega, Kela y Alejandro Balaguer, "Rebeldes en desamparo", en *CARETAS* No. 869, 23/09/1985, Lima: 1985, p. 50, y León de Vega, Kela y Víctor Ch. Vargas, "Los niños también vuelan", en *CARETAS* No. 950, 13/04/1987, Lima: 1987(b), pp. 57 y ss.
  51. Por ejemplo, el film "Juliana" fue transmitido en emisión sincronizada, en 1989, por el segundo canal de televisión de Alemania (ZDF).

52. Castillo Rios, Carlos, *Los niños del Perú*, Lima: Editora Lima, sin fecha (4ta. edición), pp. 147 y ss.; Mansilla A., María Eugenia, *Los petisos*, Lima: Rádda Barnen (Manuscrito), 1986, pp. 36 y ss.; Barrenechea Lercari, Carlos, *Los niños del pueblo*, Jesús María (Lima): INA, 1988, p. 47. La investigadora inglesa Boyden también aborda, en forma breve, el tema de los niños callejeros; Boyden, Jocelyn, *Niños en situaciones de alto riesgo en Lima, Perú*, Lima: UNICEF, 1988, pp. 67 y ss.
53. A continuación, se presentarán los resultados de una investigación de campo que se realizó, entre octubre de 1988 y marzo de 1989, en el Centro histórico de Lima ("Lima cuadrada virreinal"). Es decir, entre las Avenidas Tacna, Nicolás de Piérola, Abancay y el Río Rímac. Como método de levantamiento de datos sirvió la observación participativa durante seis días por semana y cuatro horas diarias. Se pudo observar con cierta constancia un total de cien niños de la calle. Además, al final de la investigación, se llevaron a cabo cincuenta entrevistas narrativas con los niños callejeros que antes se habían observado. Algunas de estas entrevistas fueron grabadas. Durante la investigación de campo se contó con la valiosa colaboración de tres exniños de la calle, integrantes del mundo callejero adulto, con los cuales también se efectuaron entrevistas narrativas. Los nombres utilizados en el artículo son seudónimos. Cabe mencionar que el levantamiento de datos exigió una cierta convivencia basada en un contacto auténtico con los niños y exniños de la calle, lo cual causó dificultades inevitables. Por un lado, por el peligro de la vida callejera y, por otro lado, porque el investigador tuvo que observar actos delictivos sin poder evitarlos. Ello causó conflictos de conciencia, lo que también fue inevitable. Para más detalles de la investigación de campo, ver Roggenbuck, Stefan, *op. cit.*, p. 53 y el reportaje "Mister Petiso" de Beto Ortiz y Fátima López, en *CARETAS* No. 1,200, Ilustración Peruana, Lima: 2 de marzo de 1992, p. 56.
54. Patch, Richard W., "La Parada. Lima's market. Part III...", *op. cit.*, p. 16.

## ANEXO

### JERGA Y VOCABULARIO ESPECÍFICO

Abollar:	golpear; pisar
¡agua!:	"¡atención, se acercan los agentes!" (expresión)
¡ajá!:	"¡atención, se acercan los agentes!" (expresión)
antiguazo (ser):	pertenecer a la calle desde hace mucho tiempo; tener experiencia
apretón:	ladrón que no teme usar armas para los asaltos
arranchar:	arrebatar objetos, por ejemplo una cadena (modo de robar)
arreglo:	ponerse de acuerdo con los agentes para escapar de la persecución
Baboso:	tonto
batida:	redada
bicla:	bicicleta
bobo:	reloj
bolear:	robarle a alguien que está durmiendo (forma de robar)

Cabro:	marica
cachaco:	soldado
cachar:	tener relaciones sexuales
cachero:	lujurioso
cachina:	kiosko de compra y venta (también de objetos robados)
cafique:	criminal experimentado; cabecilla de banda
caer a:	ser atrapado y llevado a una institución represiva
caficho:	rufián; dueño de las prostitutas
campana:	el que vigila mientras otro roba
cana:	cárcel
capo:	jefe; líder
carrusel:	automóvil abandonado
casa de los petisos:	proyecto abierto para niños de la calle en el Centro de Lima
combo:	comida
¡concha su madre!:	insulto
correrse la paja:	masturbarse
cuadrar:	rodear y atacar
Chamullar:	hablar sin parar
chapar:	atrapar; capturar
chévere:	bien/bueno, excelente
chibolo:	1) muchacho (pequeño); 2) niño callejero
chisguete:	tubo (de pegamento)
chistosear:	hacer chistes
choro:	estafador, ladrón
chuzo:	corte (de cuchillo)
Darse la hora:	terminar una acción con éxito
drilo:	trasero
Enano:	niño callejero, pálido y consumido por tanto inhalar pegamento
encaletar:	ocultar objetos robados
escapear:	arrebatar violentamente objetos y escapar (forma de robar)
Ferro:	100 Intis
fierrar:	forzar cerraduras de tiendas/almacenes
fierro:	1) cuchillo; 2) pistola
firme (a la):	de verdad
fletero:	individuo bien vestido del escenario callejero
florearse:	hablar con astucia y malicia, charlatanear
fumarse un coco:	fumar pasta

Gamboa:	individuo de color
ganzúa:	gancho con el que se sustraen las tapaderas de los tanques
garra:	sábana
gorrear:	forma temeraria de conducirse sobre los <i>bumpers</i> traseros de los buses (viajar sin pagar)
gringo:	1) norteamericano; 2) individuo de piel blanca, ojos claros y pelo rubio
guachimán:	guardia, vigilante
guarachero:	alguien que deja plantado a sus amigos (traidor)
guita:	dinero
Hablar huevadas:	usar palabras soeces; insultar
hacer la cana:	acusar a alguien, hacer que se sospeche de alguien
hacer un chinchón:	hacer golpes en la cabeza
hacer chongo:	hacer alboroto; hacer desorden
hacer el pare:	acorralar a alguien, golpearlo o robarle
Hare Krishna:	niño callejero rapado
hijito de papá:	hijito mimado de la alta sociedad que tiene un "padrino"
hincar:	herir con el cuchillo
hogar:	albergue estatal para niños de la calle de hasta 14 años de edad
huasca:	borrachera
huevoón:	insulto (algo así como tonto de remate)
INABIF (Instituto Nacional de Bienestar Familiar):	órgano estatal para la atención del niño y de la familia
Inti:	moneda peruana
irse a su jato:	regresar a casa, con la familia
Jalar:	1) inhalar (pegamento); 2) arrebatarse objetos (forma de robar)
jatear:	dormir
jerma:	hembra
Laburar:	robar
lagunita:	pila de agua en la plaza San Martín de Lima
lancear:	robar con violencia
langoyar:	mendigar comida
latear:	vagabundear sin destino determinado
latino:	cigarro de marihuana
lechada:	líquido seminal
lisura:	palabras soeces
lompa:	pantalón
luca:	un Inti

Malearse:	1) arruinarse, malas costumbres; 2) adoptar la vida de un ladrón consuetudinario
mancha, manchón:	grupo, banda (casi siempre temporal)
manco:	temeroso; torpe; incapaz (en relación al robo)
manguear:	mendigar dinero
mantenido:	que se deja costear la subsistencia por otro
maquinear:	meter las manos con violencia en las bolsas del pantalón de la víctima (forma de robar)
marcar:	escoger a alguien como víctima para robarle
mariposear:	robarle a alguien y al mismo tiempo engañarlo, de modo que no sepa quién es el ladrón (forma de robar)
mate:	golpe en la mano de la víctima para que se le caiga el dinero
merca:	objeto robado
meterse un clavo:	consumir pasta
mica:	camisa
misio (estar):	no tener dinero
mister:	turista norteamericano o europeo de piel blanca; señor elegante
mosca:	vivo; astuto
Padrino:	1) alguien que mantiene a otro; 2) protector paternal
paila:	institución
pailero:	individuo que busca las instituciones por la comida
paja:	bien/bueno, excelente
pájaro frutero:	niño callejero que comete pequeños hurtos
palo:	1,000 Intis
palomilla:	1) robo callejero; 2) escenario criminal de la calle
pampón:	casa abandonada, deteriorada, en la que se puede esconder
paradero:	zona que se conoce bien y en la que se acostumbra robar
parar:	transitar como de costumbre; pertenecer a una determinada zona
pasablero:	alguien que "pasa bola"
pasar bola:	robar a alguien que esté dormido sin que se dé cuenta
pasta (Pasta Básica de Cocaína, PBC):	droga muy fuerte de cocaína
pastelero:	alguien que acostumbra consumir pasta
pata:	amigo (íntimo)
patuta:	automóvil pequeño de policía
pechera:	bolsa de la camisa
pedir cancha:	mendigar comida
pegazán:	pegamento que sirve para inhalar (nombre de la empresa productora)
pepa:	1) píldora; 2) pastillas para dormir que se le echan en la bebida a la víctima para robarle
perra:	muchacha fácil, mujer del "palomilla"
petiso:	niño callejero pequeño, inexperto

pinball:	salón de juego
piraña:	1) niño de la calle que con su banda ataca a su víctima; 2) delincuente juvenil
pituco:	individuo de la alta sociedad
plantarse:	salirse del escenario de la criminalidad
polvo:	líquido seminal
poner:	robar
ponerse liso:	ser malcriado, impertinente
punta:	cuchillo
Raya:	agente de policía
reducidor:	encubridor
roche (con):	situación del objeto que se acaba de robar ("caliente")
Sacar cara:	proteger, defender a alguien
salado:	del que se hace burla, el "tonto"
saltar:	reaccionar bruscamente
sano:	tener limpia la conciencia; no tener antecedente penales
sapo:	mirón; curioso